

La inmortalidad del hombre se cumple o puede cumplirse en muy diferentes modos. Seguramente se la alcanza en la creación de una patria. Ese organismo superior es un ámbito en que pervive el hombre que la amó, que la aumentó en vigor y gloria, que le infundió valores de alma y, con ellos, un destino superior y una vida más feliz. Justamente los claustros del Rosario son un panteón en que moran hombres de egregia condición, en cuyo recinto actúan eficaz y realmente en el proceso formador de la nación colombiana. Hasta el punto de que se experimenta con suma claridad al recorrer estos espacios, como era natural y necesario que mucha de su gente prócer saliera de sus aulas para marchar al patíbulo, porque sólo en la muerte y por la muerte culminaba la razón de su propio vivir.

En verdad, aquí en el Colegio Mayor se juntan y se conjugan la cuna y el sepulcro, la vida que concluye en muerte, y la muerte que justifica la vida: aquí se ve patentemente cómo en un brevísimo espacio se cumple el nacer, el morir y el persistir de un organismo realísimo, cual es la patria. El Rosario es de por sí ejemplo y demostración concretos de una forma de inmortalidad humana, que se alcanza cuando el hombre se supera, al transfundirse en seres más altos que el propio suyo. En esta tumba que va a cerrarse, Monseñor José Vicente Castro Silva tiene cátedra ilustre y continuada, y desde ella sigue adoc-trinando, guiando, formando y animando como lo hiciera en su eminente rectoría. Solo que en modos aún arcanos, que apenas comienzan a ser percibidos y determinados por los sabios de alma atenta.

Para quien fuera Señor de la Palabra, las mías son míseras e insignificantes. Solo personajes de similar maestría a la suya deben ponderar y loar una personalidad tan alta y múltiple. Mas cuando uno de esos pares suyos llegue a juzgarle y ponderarle, habrá de recurrir a su propia voz egregia, escuchándole discurrir en el elocuentísimo silencio de su sepulcro, y también en los ecos de su personalidad pulsante, que bate el corazón y el ánimo en que él sigue habitando y actuando, con no menor eficacia de la que tenía en forma espacial y sensible. Además, cosa cierta es que la patria engendra a los que la engendraron y que le infunde vida real y verdadera a los que verdadera y realmente entregaron su vida por ella.

Así se cumple para aquéllos ante quienes la patria era santa y sacra, vocablos sumos en un prelado para quien lo Divino es lo sumo de lo real y lo existente, para quien Dios es Jesucristo, dador de la inmortalidad, dispensador de las glorias eternas. Y cobra también calidad eminente en el discípulo fidelísimo de Tomás de Aquino, cuyo espíritu es el propio foco nuclear de las enseñanzas de este famoso Instituto, que es un altar erigido para que se cumpla en él el supremo rito de que descienda la divinidad y se vierta en el cáliz de la patria colombiana.

EVOCACION Y ELOGIO DE MONSEÑOR CASTRO SILVA

Discurso pronunciado en los funerales del Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Monseñor José Vicente Castro Silva, por el doctor Darío Echandía, Ministro de Justicia, a nombre del Gobierno Nacional.

Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector Ilustre del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, ha muerto y el Presidente de la República y patrón del histórico y glorioso instituto, ha querido que yo lleve su voz y la de su gobierno, en esta dolorosa ocasión. Encargo sobremanera abrumador si se atiende a la grandeza del varón caído y a la altura de la delegación encomendada. Sólo un sentimiento de afecto y de admiración por la egregia memoria del maestro desaparecido y uno de viva gratitud por quien me ha honrado con su representación me decidieron a aceptar el encargo dificultoso y atrevido.

La triste nueva del deceso de Monseñor Castro Silva llena hoy todos los ámbitos de la nación, que se duele y acongoja con el apagamiento de una luminaria que alumbraba hasta ayer, desde sitio eminentísimo, los senderos por do avanza y se acrecienta y aquilata su patrimonio espiritual y su cultura humana.

Sacerdote católico, humanista esclarecido, maestro ejemplar esta última egregia calidad es la que da a su figura un carácter más neto y penetrante, un sello más peculiar y diferenciado. El nombre y la obra del maestro son los que han llevado sus alabanzas dondequiera y producido este movimiento espontáneo de duelo nacional.

La vida de Monseñor Castro Silva, en lo que tuvo de más brillante, fecundo y significativo, se encontró ligada íntimamente a la vida y a la acción del Colegio del Rosario. Consideraba esta fábrica de la inteligencia como símbolo y apretado resumen de la entera epopeya de la nación colombiana.

Fue llamado a suceder en su rectoría a uno de los más señeros espíritus que hayan decorado estos claustros venerandos, Monseñor Rafael María Carrasquilla, restaurador de la creación secular del Arzobispo Cristóbal de Torres, ejemplar sobresaliente de sabiduría y elocuencia, servidor infatigable y abnegado de las juventudes amantes del saber, en quien se cumplió fielmente la sentencia evangélica: "el que quiera colocarse por encima de los demás que se dedique a servirles".

Yo tuve el privilegio de gozar de la inexhausta voluntad de servicio de Monseñor Castro Silva en la tarea de transmitir a quienes fuimos sus discípulos, desde cátedras inolvidables, los principios de la ciencia y los imperativos de la justicia. Leyó Derecho y Filosofía en estas aulas, ilustradas tantas veces por la historia, en lecciones de perdurable resonancia por el espléndido despliegue del pensamiento vigoroso, por la honda, rica y variada erudición en que aquel se apoyaba, por la forma precisa y nítida que revestía su exposición y por la elegancia insuperable de su verbo elocuente. Y así como la profunda y eximia cultura y los privilegiados talentos le permitieron modelar el espíritu de las generaciones nuevas en la devoción a la patria, la justicia y la sabiduría.

Solo un hombre de sus excelsas calidades morales es capaz de contemplar una finalidad suprema y guiarse por ideales que superan las pequeñas pasiones circunstantes. Perteneció a aquella categoría de seres escogidos, cuya alma fue iluminada por una esperanza que no se quebranta ni desfallece ni se extingue. Creyó siempre en el advenimiento del imperio de la justicia y en el venturoso porvenir de su tierra amada.

Sensible como el que más a las inquietantes contradicciones de su tiempo, los principios superiores que dirigieron su intelecto y ordenaron su pensamiento, le permitieron orientarse seguramente y mantuvieron incólume la claridad de su visión del mundo, la confianza en el progreso espiritual y material del hombre, y la firme voluntad, decidida y operante, de servir a la justicia y a la libertad.

Esto dio a su inteligencia, asentada sólidamente sobre convicciones discursivas, una luminosa y acogedora amplitud de criterio que le permitió recibir, para assimilarlas y armonizarlas, todas las concepciones que la investigación científica de nuestro tiempo ha venido aportando copiosamente al acervo del patrimonio espiritual del hombre. Esta singular capacidad que poseyó en grado eminente Monseñor Castro Silva para captar los novísimos avances de las ciencias, para vaciarlos dentro de los moldes sobre que reposaban aquellas tradiciones —formas esenciales de una cultura milenaria— hizo de este pensador lúcido y preclaro maestro, como un símbolo de la revolución que en

nuestro tiempo parece haber modificado sustancialmente el ritmo progresivo del pensamiento humano. La firmeza de los postulados fundamentales que ordenaban y orientaban su inteligencia inquisitiva no lo privó de la flexibilidad requerida para aceptar las nuevas posiciones adoptadas por la investigación científica. Fue un hombre actual, de su tiempo, que vivió en su siglo, enterado como el que más del proceso de la inteligencia contemporánea, y apto, por las excelencias de su talento y de su cultura humanística, para recibirlas y valorarlas. Desdeñaba el vago, ligero y superficial diletantismo, simulador de ciencia, pero, bien al contrario, simpatizaba sin ambages ni reticencias, con los serios esfuerzos de investigación, aun cuando no aceptara la totalidad de sus conclusiones y aun las sometiera a discusión y las combatiera con espíritu emancipado y tajante dialéctica. Tenía la pasión de la verdad y, por lo mismo, la propensión incontenible a indagarla por todos los medios leales y lógicos.

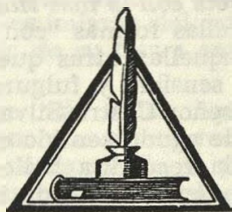
¿Qué mucho, pues, que semejante generosa y acogedora disposición de su intelecto libre de las estrecheces del fanatismo sectario e intransigente, diera asilo a aquella tolerancia, que viene a ser inevitable consecuencia de la libertad y la dignidad de la criatura dotada de razón, como la ha proclamado la Iglesia Católica y como él, inspirado por la esperanza y la caridad, hijas de su fe en los destinos superiores del hombre redimido, lo había deducido ya de los principios filosóficos y morales sobre que asentó su actividad intelectual y su acción creadora?

Era, además, un esteta con la más fina sensibilidad para percibir la belleza de aquellas formas "con que el Creador engalanó a natura", o de aquellas otras que el arte humano creó como una anticipación sensible y fulgurante de la verdad desconocida y oculta. Monseñor Castro Silva fue un artista, no solo porque estuvo dotado de agudo sentido crítico, que desenvuelve y explica y esclarece la recóndita belleza de las realizaciones estéticas, sino porque poseyó el dón de la elocuencia, arte creador de emociones y sentimientos, cuya materia está constituida por el pensamiento y la palabra humanos, y en el cual frecuentemente alcanzaba las cimas más empinadas. Y fue dueño también de una prosa musical, castiza y castigada, de inspiración clásica y sensibilidad moderna. Esta aptitud artística, esta crítica alerta y erudita y su propio sentimiento de una impecable lealtad intelectual, contribuyeron, en no escasa proporción, a dotar su espíritu de una maravillosa receptividad y de una universal simpatía. Esto hizo de su enseñanza, así en la cátedra como en el libro, en la tribuna como en el púlpito, un espectáculo inolvidable de pensar profundo expresado a través de las más hermosas expresiones de nuestra lengua.

Ahora vamos a depositar el inanimado cuerpo del patriota, del pensador y del artista en este sacro recinto donde yacen

aquellos antecesores suyos que duermen en la honra, y cuya memoria perdurará mientras subsista esa emoción solidaria que liga en el tiempo a las generaciones sucesivas, y que los antiguos simbolizaron en la antorcha inextinguible que el que va a morir transmite perennemente a quien ha de sucederlo en el esfuerzo, que llamamos vida, por alcanzar finalmente el imperio de la verdad, de la justicia, de la belleza y de la libertad.

Al dar cristiana sepultura a aquél cuya existencia fue una lucha sin tregua ni reposo ni desaliento, pedimos para su alma la paz sempiterna; y porque su actividad más fuerte, más alta y más constante, fue la encaminada a descubrir el fulgor de lo verdadero, pedimos que su espíritu sea iluminado para siempre por los destellos inextinguibles de la luz que no muere.



Del Rector Encargado